

HERNÁNDEZ ASTETE, Francisco. 2012. *Los incas y el poder de sus ancestros*. Lima: Fondo Editorial PUCP, 292 pp.

Al leer el título del libro reseñado en esta breve comunicación, uno no puede evitar preguntarse qué justifica la presencia de un comentario sobre un texto de historia incaica en una revista de lingüística y literatura. En este caso particular, sin embargo, la motivación es muy clara: la necesidad de tender puentes entre las diversas disciplinas que componen el ámbito de los estudios andinos. En efecto, desde las primeras páginas del libro, Hernández Astete anuncia lo que será la posición metodológica que se irá actualizando a lo largo de la obra: “la reconstrucción del pasado antiguo del Perú es posible siempre que se haga necesariamente desde una perspectiva interdisciplinaria que articule la antigua alianza entre antropólogos, historiadores y arqueólogos a los estudios hechos desde la lingüística andina, la teoría del conocimiento, el análisis del discurso y la retórica de los siglos XVI y XVII” (20-21).

En ese sentido, el reclamo constante desde los fueros de la lingüística andina por el carácter extremadamente ancilar al que nuestra disciplina ha sido relegada en el marco de los estudios andinos, sobre todo desde la historia, encuentra eco en el trabajo de Hernández Astete. Así, con mucho agrado constatamos en las diversas secciones del libro que esta suerte de declaración de principios no se queda en el plano de las buenas intenciones, sino que se renueva en la exégesis del pasado andino prehispánico que ensaya el autor. Es por esta razón que consideramos importante y pertinente incorporar una reseña de este libro en esta tribuna en particular.

En concordancia con lo expuesto líneas arriba, es necesario advertir al lector que esta reseña, por el público al que está dirigida, no se centrará en elaborar un comentario exhaustivo de los aspectos históricos del libro, sino que primero se presentará de manera general las diversas secciones que lo componen —y los temas que estas tratan—, y luego se procederá a comentar los aspectos de la investigación que pueden resultar más relevantes

tanto para el especialista en lingüística andina como para aquel que se inicia en esta disciplina.

*Los incas y el poder de sus ancestros* está dividido en siete secciones (una introducción general a los problemas abordados en el libro y seis capítulos), todas vinculadas por el lugar central que ocupó la figura de los ancestros en la construcción, expansión y reestructuración continua del imperio incaico. En el capítulo introductorio, Hernández Astete nos ofrece una presentación clara y concisa de los seis grandes temas del libro: la necesidad de una lectura crítica de las fuentes que se han empleado para la recreación de pasado andino prehispánico, la reciprocidad y la dualidad como conceptos claves en la organización socioeconómica del imperio, el vínculo entre la élite incaica y el poder que ostentaban gracias a un muy cuidado culto a sus ancestros, el rol de la memoria y de los ancestros en la negociación del poder de los gobernantes incas, el papel fundamental de la mujer tanto en la organización estatal como en el imaginario sociocultural que daba sustento al dominio de la nobleza cuzqueña, y el modo en que el culto a los ancestros se actualizaba en el espacio sagrado y se articulaba con el poder del imperio.

El capítulo 1, titulado “La reconstrucción de la historia incaica”, es un recorrido exhaustivo por el largo camino de las fuentes cronísticas. En desarrollo de este capítulo, el autor resalta, de manera particular, las continuidades rastreables entre los múltiples autores que componen el corpus cronístico andino de la Colonia temprana. Así, se nos presentan las crónicas más cercanas al momento de la conquista en contraste con aquellas que pertenecen al periodo toledano, así como las fuentes de autoría indígena, para finalmente recalar en las llamadas “crónicas cusqueñas”, las que conformarán el corpus central del autor, pues en ellas se encuentran las referencias más importantes en relación al rol de los ancestros en el incanato. Constituye, en ese sentido, una reseña argumentada y crítica de las fuentes historiográficas fundamentales para el estudio del pasado andino prehispánico, muy útil para el lingüista que desee contar con una suerte de guía o manual de referencia o para el que simplemente quiera refrescar su conocimiento de las fuentes.

El segundo capítulo, de título “Organización económica y política en el Tahuantinsuyo”, constituye un esfuerzo de síntesis en torno a lo que actualmente se conoce sobre la organización social y las bases de la economía en el imperio incaico. En este sentido, Hernández Astete coloca un especial énfasis en la explicación de la naturaleza ritual del poder incaico, centrado en —o delimitado por— las nociones andinas de parentesco y de dualidad. Así, el autor presenta las asociaciones entre la noción andina de riqueza y las redes de parentesco de las que esta dependía.

En el capítulo tercero, “La élite cusqueña y el culto a los ancestros”, Hernández Astete aborda, desde diversos puntos de vista, dos conceptos centrales a la estudio de la historia incaica, particularmente en relación al rol de los ancestros en el ejercicio del poder: la noción de panaca y la de alma. Ahora bien, en tanto la argumentación del autor se apoya —entre otros— en elementos de orden lingüístico, trataremos ambos temas en la siguiente sección de esta reseña.

El capítulo cuarto se titula “La nobleza incaica y la articulación de poder en el Tahuantinsuyo” y en este se aborda de manera exhaustiva las diversas propuestas de explicación de los modos de sucesión incaica. En ese contexto, se estudia la sucesión como uno de los escenarios en que las distintas facciones de la élite inca negociaban el poder que ostentaban a partir de su relación con un inca muerto (con un ancestro). Asimismo, se visita la hipótesis de la existencia de un correinado en el incario, según la cual —y de acuerdo con las nociones de dualidad y complementariedad andinas— había dos incas reinantes al mismo tiempo: el Inca Hanan y el Inca Rurin,<sup>1</sup> correspondientes a los sectores *hanan* (alto) y *rurin* (bajo) del Cuzco incaico. Así, el Inca Hanan habría estado vinculado al

---

<sup>1</sup> Nótese aquí, además, el hecho de que Hernández Astete, en consonancia con su propuesta de estudio interdisciplinar, emplea la forma <Rurin> en lugar de <Hurin>, tan propia de los estudios históricos, pero que, tal como lo señala Cerrón-Palomino —a quien Hernández Astete sigue en este y otros aspectos léxicos—, no constituye más que un “espejismo léxico”, ya que la forma <hurin> no existe en el quechua (cf. Cerrón-Palomino, Rodolfo (2008). *Voces del Ande. Ensayos de onomástica andina*. Lima: PUCP).

rol del conquistador, mientras que el Inca Rurin lo habría estado al culto solar, y por ende, al rol “sacerdotal”. Ahora bien, quizá lo más interesante, en el plano metodológico, en este capítulo puede hallarse precisamente en la crítica que el autor plantea con respecto a cómo se ha venido trabajando el tema del correinado y la sucesión incaica. Así, Hernández Astete relca que “aun cuando muchos de los trabajos que analizan el tema de la sucesión suscriben la tesis de la dualidad en el mando, sus conclusiones acerca de la transmisión del mismo parecen corresponder a un solo proceso en el que se elige a un único gobernante, dejando de lado la posibilidad de que se eligieran a dos candidatos de forma separada” (185). Este tipo de comentarios, junto con la declaración inicial sobre la necesidad de una aproximación interdisciplinar al tema, son los que nos hacen pensar que *Los incas y el poder de sus ancestros* constituye más que un manual de historia incaica, pues, en cierta medida, se propone también como una reflexión sobre el mismo quehacer historiográfico contemporáneo.

El quinto capítulo, con el título “El lado femenino del poder”, constituye una reelaboración por parte del autor de uno de sus primeros trabajos, *La mujer en el Tahuantinsuyo* (Lima, Fondo Editorial PUCP, 2002). Este capítulo está dedicado íntegramente al examen del rol de la mujer en la organización incaica. Así, para Hernández Astete: “sin negar el evidente sesgo masculino que se puede apreciar en la sociedad incaica, no se debe perder de vista que las mujeres constituyeron piezas claves en el engranaje social y político incaico, por lo que tuvieron un rol protagónico en varios aspectos de la organización del Tahuantinsuyo” (205). En ese sentido, se analiza el rol transversal que cumplía la mujer en diversos planos: el religioso, asociado a las figuras míticas de Mama Ocllo y Mama Huaco; el económico-productivo, actualizado en la figura de la *acla* o *mamacona*; y el de las alianzas familiares, pues los lazos de parentesco —tan importantes en la organización incaica— se establecían por medio del “intercambio” o “reparto” de mujeres. Ahora bien, desde una perspectiva más temática que metodológica, Hernández Astete reclama que la “historiografía sobre los

incas ha descuidado el tema de la religión, y solo se encuentran —en los últimos tiempos— avances importantes en lo que respecta a la organización de la sociedad, dado que el tema religioso, como el económico, no han merecido la renovada atención de los investigadores” (207). Desde los fueros lingüísticos —y tomando en consideración el ánimo interdisciplinario de debe acercar nuestras disciplinas—, no podemos sino hacer eco de este reclamo, pues consideramos que una investigación histórica que atienda a un aspecto cultural y lingüísticamente tan sensible como el religioso puede ser de mucha utilidad a las investigación en lingüística andina.

Finalmente, el sexto y último capítulo, titulado “Los ancestros y el espacio sagrado: la articulación del poder incaico”, sirve de cierre al libro al volver sobre los pasos andados en los capítulos anteriores y cerrar el círculo abierto con la introducción. Entre los elementos más importantes de este capítulo se encuentra la crítica a la noción clásica de un inca todopoderoso, pues esta se diluye —lo hemos podido apreciar a lo largo del libro— frente al poder ostentado por los linajes cuzqueños. En ese sentido, nos parece de vital importancia la forma en que Hernández Astete ha logrado incorporar toda la información cronística clásica y toda la investigación historiográfica moderna en un estudio al problema de la participación de la élite cuzqueña y la participación de la misma en el poder incaico. Este problema, adicionalmente, debería ser también una preocupación en el ámbito de la lingüística andina, toda vez que la élite cuzqueña se encuentra en el centro de una situación lingüística muy compleja debido a su mudanza del puquina al aimara y luego al quechua.<sup>2</sup>

Abordemos ahora los aspectos más relevantes desde una lectura del texto a partir de la lingüística andina. En primer lugar, es necesario resaltar —tal como se comentó al inicio de esta reseña— que la incorporación de la lingüística del área andina a este trabajo forma

---

<sup>2</sup> Para más detalles sobre este aspecto particular, se puede revisar Cerrón-Palomin, Rodolfo (2013). *Las lenguas de los incas: el puquina, el aimara y el quechua*. Frankfurt am Main: Peter Lang.

parte de una propuesta metodológica que busca hacer dialogar los documentos históricos con los avances en el estudio de pasado lingüístico andino. Así, el autor señala que “resulta de vital importancia el uso del lenguaje a la hora de revisar la documentación colonial para intentar reconstruir la historia prehispánica. Por ello, no es posible plantear un acercamiento a la realidad andina sin dejar de consultar los trabajos que sobre el tema vienen desarrollando los lingüistas desde hace bastante tiempo” (63), y, a contracorriente de lo que ha sido la práctica cotidiana en las investigaciones históricas, añade que “La incorporación de los estudios de lingüística andina en el trabajo de los historiadores no se debe limitar a la consulta de diccionarios bilingües coloniales, pues, carentes de los recursos metodológicos desarrollados por la lingüística andina, los historiadores estamos obligados a dialogar con esta disciplina a la luz de los estudios realizados por especialista en el tema” (63). Así, como lo apuntábamos líneas arriba, lo que reclama el autor es una visión de la lingüística que vaya más allá del mero instrumentalismo de las fuentes primarias de esta disciplina.<sup>3</sup> En ese sentido, consideramos que *Los incas y el poder de sus ancestros* es un excelente ejemplo de la posibilidad de llevar a cabo una investigación histórica que, de una manera *sinceramente* interdisciplinaria, incorpore, en igualdad de condiciones, los aportes de la lingüística andina y los de la arqueología o la antropología o los de cualquier otra disciplina.

En relación con los aspectos del léxico cultural incaico, hemos encontrado, con mucho agrado, que Hernández Astete se mantiene fiel a su propuesta metodológica y evita caer en el vicio de aproximarse directamente a los diccionarios y gramáticas coloniales. Así, para discutir los aspectos problemáticos en los que se ve involucrado el léxico, el autor se nutre de las investigaciones recientes en

---

<sup>3</sup> En ese mismo sentido, resulta interesante —aunque no exento de problemas— el hecho de que el autor incluya el trabajo lingüístico de Domingo de Santo Tomás entre las fuentes historiográficas indianas (39). Lamentablemente, esta inclusión queda sin mayor explicación, lo que nos obliga a preguntarnos por qué no se incluyeron también los materiales lingüísticos elaborados en el marco del Tercer Concilio Limense o los de Diego González Holguín.

semántica histórica andina, como los de R. Cerrón-Palomino, G. Taylor y C. Itier. Por ejemplo, en el capítulo 3 discute ampliamente la noción de *panaca*, a la que —al igual que Itier— considera una “construcción historiográfica” (98, n. 9), pues se carece de evidencia que documente su uso entre la nobleza incaica (99). Ahora bien, dado que la discusión de la noción de *panaca* pasa necesariamente por el estudio de la voz <panaca>, Hernández Astete se introduce en la etimología de este vocablo, para lo que se vale de los estudios más recientes en lingüística andina. De esta manera, llega a proponer, de la mano de Cerrón-Palomino, una reconstrucción de la historia de este término: a partir de la raíz nominal *pana* ‘hermana de varón’ se forma la frase nominal *pana ka-q*, con el raíz verbal *ka-* y el agentivo *-q*, con el significado de ‘la que es hermana’. Luego, por influencia de la lengua aimara, esta palabra recibe una vocal paragógica *a*, con lo que se obtiene la forma *panaqa*.<sup>4</sup> Asimismo, en relación a la noción de noción de alma, además de discutir las informaciones cronísticas relativas a la posibilidad de existencia de dicha noción entre los pobladores andinos prehispánicos, recupera las reflexiones que plantea Taylor en relación a la resemantización sufrida por parte del vocablo *supay*.<sup>5</sup> En este caso, el autor concluye que el concepto de *alma* sería, en realidad, una imposición de la concepción española de la humanidad de los hombres (129), mientras que en tiempos prehispánicos el elemento que definía al hombre habría sido la corporalidad, es decir, el cuerpo y sus necesidades, lo que volvería crucial el cuidado del cuerpo de los muertos (131). Por último, es necesario resaltar algunos otros aspectos en los que Hernández Astete se esfuerza por tender un puente entre la historia y los estudios semántico-lexicológicos andinos. Tal es el caso de la organización de los funcionarios administración incaica,

<sup>4</sup> Cuya consonante posvelar /q/, al pasar el castellano, en un proceso típico en el contacto entre el español y las lenguas andinas, se torna velar (/k/), de lo que deriva la forma castellana <panaca>.

<sup>5</sup> Para más detalles sobre este tema, y también sobre los derivados de *kama-*, véase Taylor, Gerald (2000). *Camac, camay y camasca y otros ensayos sobre Huarochirí y Yaayos*. Cuzco: CBC.

como el *tocticuc*,<sup>6</sup> los *quipucamayocs* y el *cápac ñac tocticuc* (157) y, aunque si bien el autor no lo señala, también podría incluirse en esta lista el léxico relativo a los funcionarios dedicados al culto solar, como *calparicu*, *yanarcaes* y *tarpuntaes* (183).

Finalmente, resulta importante resaltar el tratamiento que recibe el léxico de parentesco por parte del autor en el capítulo 5, al abordar el tema del rol de lo femenino en la organización del imperio. Así, a partir de una revisión informada de las fuentes lexicográficas coloniales para el quechua, y de los estudios etnohistóricos y antropológicos sobre el tema, Hernández Astete reflexiona sobre los alcances reales de la terminología del parentesco en los siguientes términos:

contrariamente a todas las ideas que aparecen en las crónicas acerca de la existencia del “incesto” imperial incaico, y del entendimiento de esta práctica como una suerte de licencia del gobernante con el objeto de mostrar su liderazgo y mantener su condición de divinidad, tanto la evidencia etnográfica, como la léxica, nos muestran una confusión en la percepción del término quechua *pana*. Así, podemos afirmar sin temor a equivocarnos que cuando los españoles registraron de sus informantes andinos el hecho de que el Inca se casaba con su “hermana”, esta asociación resulta de una mala traducción de “pana” como “hermana”, cuando el que habla es un varón. (233)

En este caso, se hace claro que la evidencia lingüística resulta clave para un adecuado entendimiento de una institución tan compleja como lo fue la del “matrimonio” prehispánico. De esta manera, el autor deja claro, a partir del un caso concreto, que la interdisciplinariedad que él mismo reclama no solo es posible, sino que se torna necesaria en un campo de estudio tan amplio con el trabajado en *Los incas y el poder de sus ancestros*.

En suma, *Los incas y el poder de sus ancestros* constituye no solo un indispensable material de consulta sobre la organización

---

<sup>6</sup> Para este caso en particular, se puede revisar el artículo “Tucuyricoc” en Cerrón-Palomino (2008), *Voces del Ande*.

sociocultural del imperio incaico —tanto para el especialista como para aquel interesado en la lingüística andina en general— sino también un excelente ejercicio de interdisciplinariedad, que esperamos tenga eco en el marco de los estudios andinos contemporáneos.

Raúl Bendezú-Araujo  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*